

Alguna destas bestias hay que tiene  
A veinte y aun á treinta piés de largo :  
A tierra sale cuando le conviene ,  
Y un indio vide yo quedar amargo ,  
Que por sacar cangrejos se detiene  
En playa do le dimos este cargo ;  
El cual estaba tan embebecido  
Quel lagarto llegó sin ser sentido .

A los gritos acude gran gentío ,  
Y él de la presa no bien enterado  
Volvió los pasos al cercano río  
Que estaba breves pasos apartado ;  
Quedando del sangriento desafío  
El misero gandul tan mal parado ,  
Que puesto caso que no faltó cura  
Vi que su vida fué de poca dura .

Pero por cierto suerte fué galana  
La que supo hacer un Andresillo ,  
Por librar su mujer llamada Juana  
De boca del vorace cocodrilo ,  
Que como viese mano que cercana  
En el río hinchese cantarillo ,  
Asióle della con su duro diente  
Y tras sí la llevó lijeramente .

Oyendo los clamores y la grita ,  
Y viendo que le lleva su querida ,  
El osado zagal se precipita  
En la profundidad por dalle vida ,  
Y dentro de las aguas se la quita  
Sin que pudiese dalle mas herida ;  
Porque con un machete que tenia  
Los ojos al caimán entorpecía .

No perdió los manjares de su mesa  
Por cobardía , porque tiene poca ;  
Pero por no quedar con vista lesa  
Cuando fuerza menor allí le toca ,  
Con temor y dolor suelta la presa  
Del cruento sepulcro de su boca ;  
Pues con ser animal feroz , rabioso ,  
Es siempre de sus ojos temeroso .

Muchos afirman este devaneo ,  
O verdad de que yo soy ignorante ,  
Y que para tan áspero torneo  
Este remedio dicen ser bastante ;  
Pero yo ciertamente no deseo  
Necesidad de prueba semejante ,  
Aunque cierto español con estas mañas  
Se libró de no ir á sus entrañas .

Alonso Sanchez este se decía ,  
De Murcia natural y allí nacido ,  
El cual en aquel tiempo que venia  
Gente por descubrir este partido ,  
Para juntarse con la compañía  
De quien habia sido dividido ,  
Por no quedar allí le fué forzado  
A riesgo de morir pasar á nado .

Llevando presurosa la carrera ,  
Y de la concluir no sin antojos ,  
Voracísima boca de la fiera  
A su vientre le quiso dar despojos :  
El viéndose tractar desta manera  
Acude con los dedos á los ojos ,  
Con la cual prevencion el sin ventura  
Se libró de la viva sepultura .

Hiende las aguas con veloce mano  
Por poderse hallar en el orilla ;  
Mas antes que se viese tan cercano  
Que la tomase por segura silla ,  
La sierpe por las carnes del cristiano  
Hincó dos ó tres veces la mejilla ,  
Y el español con lo que ya sabia  
Con gran valor de sí la despedía .

Al fin pudo salir , mas de tal arte  
Y la misera carne tan rompida ,  
Que diligente cura no fué parte  
Para podelle dar alguna vida ;  
Pues luego que topó nuestro estandarte  
Fué el alma de las carnes despedida ,  
Habiendo ya limpiado su conciencia  
Con sacramento de la penitencia .

Poco después otro gentil soldado ,  
Delante los demás desta conquista ,  
Cierta río tentó pasar á nado ,  
Y en presencia de todos y á su vista  
Fué de cruel caimán arrebatado :  
Hay quien lo ve , mas no quien lo resista ;  
Pide favor , y nadie favorece ;  
Zabúllese con él , y desaparece .

Pudiéramos contaros maravillas  
De la braveza deste serpentina ;  
Mas bien será decir de Juan Varillas  
Y Martin Sanchez , hoy nuestro vecino ,  
Que vieron un caimán en las orillas  
Del agua por do guian su camino ,  
Al cual tiran y dan con un espada ,  
Por no perdella con cordel atada .

Luego con furiosos accidentes  
Feroz arremetió con la canoa ,  
Y con aquellos espantables dientes  
Asió de los remates de la proa :  
Asombráronse desto nuestras gentes  
Con pesado pesar de que la roa ,  
Porque cuanto mordió la bestia fiera  
Otro tanto sacó de la madera .

El en efecto es boquirasgado ,  
Sin lengua , con dos ordenes de dientes ,  
De durisimas conchas rodeado ,  
Los piés no de lagarto diferentes :  
Es largo de hocico y abusado :  
Son astutas y cálidas serpientes ;  
Tigre los acomete si los halla  
En tierra , y es de ver esta batalla .

Porque el pintado tigre lo rodea  
Con presurosos saltos y lijeros ,  
Defendiéndole el agua que desea  
De rios , de lagunas ó de esteros ,  
Y clávale durante la pelea  
Con las uñas las conchas y los cueros :  
Da muestras el caimán de su braveza ,  
Aunque le falta presta lijereza .

Mas abre las durisimas quijadas ,  
Hace sus diligencias y se enhiesta ,  
Dando tan sonoras tenazadas  
Como tarasca dia de la fiesta ;  
Da vueltas con la cola tan pesadas ,  
Cuando para herir la hace presta ,  
Que si con ella diese , por remedio  
Al tigre partiria sin remedio .

Y si en el arsenal ó seca plaza  
El tal tigre gozó de vencimiento ,  
Arrastra luego la pesada caza  
A montuosa cueva y aposento ,  
Adonde la desconcha y despedaza  
Para satisfacer pecho hambriento ;  
Mas si pasar el río le acontece  
El caimán es allí quien prevalece .

Porque suele la maculosa fiera  
Muchas veces pasar una corriente  
A nado , para ver parte frontera ,  
Que de caza será mas conveniente ;  
Mas si caimán lo ve por su ribera  
Subyéctalo en el agua fácilmente ,  
Y no tiene dudoso vencimiento ,  
Sino cierto , por ser en su elemento .

Y así cualquiera dellos ha por buena  
La pelea del puesto do se cria :  
Quel tigre pasa el río con su pena ;  
Y el caimán , si del agua se desvia ,  
O para desovar en el arena ,  
O ya para dormir al sol del dia ,  
De la manera dicha se aprovecha  
El tigre , cuando ve su suerte hecha .

Los huevos como de ansar y mayores  
En el arena deja sepultados ,  
Adonde con la fuerza de calores ,  
Sin los ver el caimán , son animados :  
Toman en ellos gustos y sabores  
Los indios , aunque sean empollados ,  
Y aun si lo matan , como cosa buena ,  
De carne del caimán hacen su cena .

Y también en hambrienta pesadumbre  
Alguna vez le fué manjar aceto  
A quien nunca lo tuvo de costumbre  
Ni pensó de se ver en tal aprieto ;  
Pero la hambre pone dulcedumbre  
En lo que careció de tal efeto :  
Aconteció también desta comida  
Quedar no pocos hombres sin la vida .

No vino sin aqueste detrimento  
Campo del español en la jornada  
Que entonces hizo del descubrimiento  
De aqueste nuevo reino de Granada ,  
Cuando por falta de mantenimiento  
La gente se sentia fatigada  
Junto del río Grande , donde agora  
Llaman los cuatro brazos y la Tora .

Allí para pescar mas á provecho ,  
Un Juan Rodriguez Gil con un anzuelo ,  
Con temor del caimán que por asecho  
Al que se descuidó pescó de vuelo ,  
Habia cierta barbacoa hecho  
Dos varas de medir alta del suelo ,  
Pareciéndole que por esta via  
Ningun riesgo de muerte correria .

Llegóse con las aguas ocultado  
El vorace caimán á la ribera ,  
Y embistiendo con ellas el tablado ,  
La cautelosa cola sacó fuera ,  
Dando con ella golpe tan pesado  
Que derribó por tierra la madera :  
Al instante volvió la boca brava ,  
Mas no pudo pescar al que pescaba .

Pues aunque se mojó con la tormenta  
Del agua que el caimán echó por alto ,  
No le tocó la cola con que tienta  
Para cobar la boca hacer salto ,  
Y el Juan Rodriguez hoy dia me cuenta  
Cómo turbado deste sobresalto ,  
Con las manos y con los piés estriba ,  
Huyendo del por la barranca arriba .

Después que derribó la barbacoa ,  
Viendo que le faltó tan buen bocado ,  
El cuerpo descubrió como canoa  
No lejos de la orilla sobre aguado :  
Acude luego Cristóbal de Roa ,  
En punteria bien ejercitado ,  
Y con el fuego que otras armas cala  
En las entrañas le metió la bala .

Al profundo del agua se metia ,  
Y brevemente se mostraba fuera ;  
La cola y la cabeza revolvía  
Como si con alguno compitiera :  
Finalmente , lo vieron otro dia  
Ya muerto y al través en la ribera ,  
Con un olor de almizcle que del nace  
Pesado ya por ser tan eficaz .

Fué luego por el español abierto  
Para lo sepultar en el archivo ,  
Pero por el hambriento desconcierto  
El dragon se mostró vindicativo ,  
Matando muchos mas después de muerto  
Que pudiera matar estando vivo ,  
Porque sobre sesenta perecieron  
Que de las carnes del caimán comieron .

Pudiéramos , contando semejantes  
Trabajos , consumir algunos dias ;  
Mas quiérome volver adonde antes  
Dejé las españolas compañías ;  
Las cuales ya del río van distantes ,  
Procurando volver mediante guias  
Al mar de Santa Marta y á su tierra ,  
Atravesando la cercana sierra .

Alguna poblacion se descubria ,  
Y algun oro del bárbaro vecino ,  
Mas para bestias por ninguna via  
Pudieron hallar cómodo camino ;  
Y así volvieron por do ya sabia  
Sus dormidas el campo peregrino :  
Vieron su Santa Marta deseada ,  
Pero hallaronla toda quemada .

Pues como fuese fábrica pajiza  
Y del calor sequisimas las pajas ,  
Con ventoso furor que las atiza  
(Y allí son mas continas sus ventajas )  
Presto se convirtieron en ceniza  
De unos y de otros las alhajas ;  
Pero recién venidos destas gentes  
Perdieron mucho mas por ser absentes .

Pues no les escaparon vestidura  
Ni aun otras cosas de valor mas lleno ;  
Y es así cierto que con la presura  
Quel viento causa y el ardiente feno ,  
La mejor amistad al fin procura  
Sacar antes lo suyo que lo ajeno ,  
Cuanto mas que quien algo sacar pudo  
Quedó menos vestido que desnudo .

Por levantarse grande torbellino  
A medio dia con nordeste viento ,  
E ir todos á casa del vecino ,  
Donde fué su primer encendimiento  
Cocina de un Armentia , vizecino ,  
Destas casas la mas á barlovento ;  
Y así cuando volvían á sus casas  
Los demás las hallaban hechas brasas .

Diceme pues la compañía vieja  
Aqueste fuego ser red barredera ,  
Que toda la ciudad hizo pareja ,  
Porque tan solamente quedó entera  
La del gobernador por ser de teja ,  
Y estar también un poco mas afuera :  
En los cuales incendios contractantes  
Perdieron mercancías importantes .

Vista la destruicion y perdimiento ,  
El sabio general puso la fremito  
En proseguir aquel descubrimiento  
Para restauracion de aquella gente ;  
Mas porque yo me hallo sin aliento ,  
Determino , primero que lo cuente ,  
Tomar algunas horas de sosiego ,  
Y en descansando yo volveré luego .

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guias que trajo de los Caribes .

Origen fué de grandes perdiciones  
Para los pobladores de algun puerto  
Faltar á los principios intenciones  
De poner en juridico concierto  
Aquellas grandiosas poblaciones  
Que con sudor habian descubierto ,  
Parando solamente sus deseos  
En el provecho vil de los rancheos .

Pues absortos en esta golosina ,  
Lejana de quieta providencia ,  
Ninguno por allí se determina  
A la perpetuidad y permanencia ,  
Antes sus intenciones encamina  
A muertes , robos , sacos y violencia ,  
Sin que gobernador hiciese cuenta  
De poblar , repartir y tener renta .

Y así también sin estos pensamientos  
Sacó Pedro de Lerma sus soldados ,  
Que fueron todos mas de cuatrocientos ,  
Valerosos y bien aderezados  
De todos militares ornamentos ,  
Con mas de cien caballos estremados ,  
Siguiéndolo la gente mas granada  
De la que con él vino del entrada .

Mas el obispo , lleno ya de saña ,  
No quiso reiterar estos caminos ,  
Viendo cómo se daban mala maña  
Para se convertir indios vecinos ;  
Antes determinó volver á España  
Con buenos granos de veneros finos ,  
Donde por apartarse de consejas  
No quiso mas volver á sus ovejas .

Mas el Pedro de Lerma diligente  
La costa arriba hizo su corrida  
A la Ramada, parte conviniente  
Para llegar á tierra bastecida;  
Y en el valle de Upar metió su gente,  
Provincia ya de todos conocida,  
Caminando por entre las dos sierras  
Hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda  
Salían con pacífico semblante  
Dándoles el socorro y el ayuda  
Que pretendía nuestro caminante:  
Llegan á Pacabuey, gente desnuda,  
Aunque provincia rica y abundante;  
Caminan hasta ver playa y arena  
Del rio grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando,  
Cebados en olor de ricos dones,  
Fué por algunos dias costeano,  
Y descubriendo muchas poblaciones,  
De las cuales algunas, recelando  
Mañas y sutilezas de ladrones,  
A la contraria banda destos rios  
Huían con sus joyas y atavios.

Alguna gente menos recatada  
Por algunos respectos les parece  
Ser mejor no salir de su morada,  
Antes buen amistad y paz ofrece,  
Y aquesta por los nuestros fué guardada,  
Cosa que pocas veces acontece;  
Mas no tomó la gente castellana  
Sino lo que ellos daban de su gana.

Allí mediante paz se rehacian  
De cosas necesarias al camino,  
Y de los comarcanos acudían  
A ver á nuestro campo peregrino,  
De los cuales algunos ofrecían  
Preseas de oro bajo y oro fino;  
También daban noticia que adelante  
Había tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrio  
Hicieron su corrida mas prolija  
Con algunos soldados de buen brío  
Para poder tener nueva mas fija,  
Y entonces descubrieron aquel rio  
Que de su nombre llaman hoy Lebrija,  
Y allí todas las gentes descubiertas  
Decían que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber á las vertientes  
De las sierras que lejos parecían  
Crecidas poblaciones, cuyas gentes  
De telas de algodones se vestían,  
Con otras circunstancias convinientes  
A los que tierras nuevas inquirían;  
Mas por no los creer ó por locura  
Perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido  
De joyas y preseas algun grano  
Con que se mejorase su vestido,  
Determinan volver al Oceano:  
Apartando, segun después se vido,  
Aqueste nuevo reino de la mano,  
Y pudiendo seguir tales carreras  
Entonces por provincias mas enteras,

Y con gente de guerra mas cursada  
En la necesidad y en rompimiento,  
Pues para cualquier áspera jornada  
Uno valía tanto como ciento;  
Pero con todo eso descuidada  
De se perpetuar en un asiento,  
Sino siempre con torpe golosina  
De robar y volver á la marina.

Adonde lo ganado con quebranto  
Perdía tracto poco virtuoso;  
Pero de Pedro de Lerma me espanto,  
Mozo valiente, diestro y animoso,  
No querer ver lo que loaban tanto,  
Siendo de cosas grandes cudicioso:  
En efecto, con ser gente bastante,  
No quisieron pasar mas adelante.

Volviéron á la mar, y dada cuenta  
De lo que les habia sucedido,  
Y en juegos, en amores, compra y venta,  
El despojo robado consumido,  
Como no poseyesen otra renta  
Sino la que cogían del vencido,  
En consulta comun han acordado  
Volver á buscar el vendimiado.

También para ver tierras no sabidas  
Y riquezas del bárbaro vecino;  
E ya teniendo todos prevenidas  
Las cosas necesarias al camino,  
Hubo ciertas palabras desabridas  
Entre los Lermas dos, tío y sobrino,  
Por un fulano Sanctos de Saavedra,  
Que después mala muerte fué su medra.

Al fin el sinsabor desta pendencia  
Al sobrino le pudo dar abierto  
Camino para le pedir licencia  
Para poder salirse deste puerto,  
Y el tío se la dió sin advertencia,  
Pensando su designo ser incierto;  
Mas el Pedro de Lerma con coraje  
A tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañólo gente valerosa  
Que gastaron allí hartos otoños:  
Fué Lorenzo de Aldana y Hinojosa  
Y aquel bravo leon Rodrigo Orgoños,  
Y quisieran, segun iba la cosa,  
Irse soldados viejos y bisoños;  
Mas el gobernador les puso freno  
Por no desamparar aquel terreno.

Sobrelo castigaron atrevidos  
Con penas y castigos diferentes;  
Mas los cuatro que tengo referidos  
Llegaron á Pirú con otras gentes:  
Son de Almagro y Pizarro recibidos,  
Honrándolos con cargos eminentes,  
Y después en sus bandos y cuestiones  
Cada uno siguió sus aficiones.

Orgoños por sus fuerzas y prudencia  
Fué maese de campo del Almagro;  
Cuyo valor no tuvo resistencia  
En lo que se juzgara por mas agro,  
Y en cualquiera sangrienta competencia  
Su brazo hizo cosas de milagro;  
Y así de su virtud y de su lanza  
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fué menos estimado  
Del Pizarro, que mucho lo quería,  
Pues por su general salió nombrado,  
Y en el cargo mostró su valentía:  
Después dieron á Alonso de Alvarado  
El honoroso cargo que él tenía,  
Por cuya causa Lerma, de corrido,  
Siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo del gran cuenta,  
Por ser sus obras de todo bien dinas;  
Después como batalla se presenta,  
Con las entrañas ya luciferinas,  
Orgoños vió su fin en la sangrienta  
Batalla que se dió de las Salinas,  
Y al Lerma mal herido y en su lecho  
Acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos á Santa Marta,  
Porque nuestro designo se concluya,  
Donde tenían vigilancia harta  
En que la demás gente no se huya;  
Y así el gobernador hizo que parta  
Luego la mayor parte de la suya,  
A descubrir por tierra y con navios  
Por aquel rio Grande y otros rios.

Un Juan de San Martín capitán era,  
Y Juan de Céspedes ni mas ni menos,  
Con ciento y diez soldados, que qualque  
Podían igualar á los mas buenos;  
No se llegaron mas en esta era,  
Por haberse huido destos senos  
En barcos y navios, á la fama  
Que de Pirú por Indias se derrama.

Fué Sanctos de Saavedra bullicioso  
Nombrado capitán de macheteros,  
Para que por el bosque tenebroso  
Abriese los caminos y senderos;  
También para pasar lugar acuoso  
Determinan llevar barcos lijeros,  
Pues por el rio Grande y sus orillas  
Han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro  
Y para se valer con menos daño,  
Y para que detrás de punta ó morro  
Sean á los de tierra desengaño;  
Son Alonso Martín y Juan Chamorro  
Capitanes, y Rodrigo Liño:  
En efecto la principal demanda  
Era poder pasar á la otra banda.

Porque tenían ya noticia buena  
Que la tierra cercada de dos rios,  
El de Cauca y el de la Magdalena,  
Se hollaba de grandes señorios,  
Y cualquier poblacion estaba llena  
Del pávido metal que son sus pios;  
Y aun el dia de hoy aquel camino  
Es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado  
Un don Alonso de Robles, cristiana  
Persona, y hombre bien intencionado  
Consuelo desta gente castellana;  
Trajo por provisor cierto letrado  
Que llamaban el bachiller Viana,  
Clérigo grave, buen estudiante,  
Y para gobernar hombre bastante.

Aderezado pues lo conviniente  
De caballos y militar arreo,  
El clérigo Viana que presente  
Se deseaba ver en el rancho,  
El Lerma lo nombró por su teniente,  
Conociendo ser este su deseo;  
Coadyutor Cristóbal de Quiñones  
Para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,  
Y no bien proveida la mochila,  
Los barcos á meterse por la boca  
Del rio que otros rios recopila;  
Y el escuadron de tierra se convoca  
Para cortar á tierras de Chimila,  
Y desde allí pasar por gente blanca  
Hasta poder llegar á la barranca.

Do tienen de esperar la demás gente  
Que sube por raudales inquietos,  
Porque por agua y tierra juntamente  
Procuren de hacer buenos efectos:  
Rompen pues espesuras, do la frente  
Seguia por juicios mas discretos,  
Y sin mantenimientos y sin guías  
Tardaron en salir bien ocho dias.

Viejo valor y el que de nuevo vino  
Nunca pensó salir de la jornada,  
Porque con hambre y el sudor continuo  
La gente se sentía fatigada;  
Pero mediante Dios y su buen tino  
Llegaron á la tierra deseada  
De Chimila, provincia bastecida,  
Donde hallaron copia de comida.

Después para llegar do pretendía  
El campo, y á esperar los barcos pare,  
Rio de Ariguani tomó por guía,  
Y por aquel se fué hasta Cazares:  
Salen de la montaña que tenia  
A tierra que el camino les declare;  
Llegaron por hacer aqueste trueque  
A las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron  
Gentes de quien ignoran pensamientos,  
En las islas que tienen se metieron  
Con hijos y mujeres y alimentos:  
Desta causa los nuestros padecieron  
Aquellos que padecen los hambrientos;  
Dióse orden en que de paz se trate,  
Y así dieron comida por rescate.

Apercibidos ya de buenas guías,  
Prosiguen adelante sus carreras,  
E ya pasados tres ó cuatro dias  
Vieron del rio Grande las riberas:  
Supieron que las otras compañías  
Iban dias habia delanteras;  
Despacharon canoa de improviso  
Con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fué, por ser lijera,  
En menos de dos dias los alcanza;  
Mas ellos en volver do el campo espera  
Hicieron ocho dias de tardanza:  
Entre tanto Viana, como era  
Delicado varon y sin usanza  
De padecer trabajo tan austero,  
Allí vido su dia postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja  
A quien de los presentes se desvia:  
Conoce su maldad, de sí se queja  
Con las palabras que David decía,  
Y á San Martín y á Céspedes les deja  
Los cargos y poderes que traía:  
Saavedra recibe descontento  
De que en ellos hiciese nombramiento.

Este fué gentil hombre de buen gesto,  
Mancebo generoso de Sevilla,  
Mas no tan corregido ni modesto  
Que rehusase siempre la rencilla;  
Y así determinó de estorbar esto  
Moviendo para ello la cuadrilla,  
Y á los que vienen en los bergantines  
También solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razon liviana,  
Antes juicio de varon discreto,  
Decir que el nombramiento de Viana  
Es en sí todo de ningun efecto;  
Porque Lerma con intencion cristiana,  
Y á cuyo mandamiento me someto,  
Quiere que eclesiástico prudente  
Sea siempre cabeza de su gente.»

«Aquí tenemos á fray Pedro Zarco,  
De tan buenos avisos y tan doto,  
Que de quien manda en tierra y en el barco  
Puede ser la cabeza y el piloto;  
Es hombre de valor, de peso y marco,  
Y como tal le quiero dar mi voto:  
Que tanto capitán, tanto tronido,  
No pueden llevar campo bien regido.»

A unos pareció bien la demanda,  
Y en otros también hubo repugnancia:  
Mas los que Sanctos tiene de su banda  
Hacían en el caso gran instancia,  
Y el Céspedes les dijo con voz blanda:  
«Señores, por ser cosas de substancia,  
Por hoy el nombramiento se detenga,  
Y mañana hareis lo que convenga.»

El alboroto dicho ya quieto  
Con lo que Juan de Céspedes les pide,  
Hablan los capitanes en secreto  
Con Alonso Martín que el caso mide,  
Y quedan concertados en efecto,  
Que Rodrigo Liño los convide  
En su barco á comer dia siguiente,  
Y á Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta  
Así de feo como de lo bello,  
Entre los capitanes se concerta  
El modo que ternan para prendello,  
Sin haber alboroto ni reyerta  
De parte de los que le dan restello,  
Pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,  
Tenía mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,  
Por quien se concertaban estos tratos,  
Estaban hartos de sus sinrazones,  
Menosprecios, solturas, desacatos,  
Y tenellos en tales opinionos  
Como si fueran unos insensatos:  
Lo cual ellos con el que los avisa  
El enojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados  
A que se haga dellos justa cuenta,  
Secretamente hablan á soldados  
Que en número serian como treinta,  
De quien vivian ellos confiados  
Ser buenos hombres en cualquier afrenta;  
Y con aviso como convenia  
Esperaban la clara luz del dia.

Después que descubrió la frente clara  
Y sus rayos aquel señor de Delos,  
La gente prevenida se repara  
De municion y fraudulentos velos,  
Pues por las apariencias de la cara  
Nadie pudiera concebir recelos;  
Y el Quiñones llamó con gran sosiego  
A Luis de Manjarés que vino luego.

Y dijole: «Señor, es mi demanda,  
Y destos caballeros congregados,  
Que vuestra merced vea la otra banda  
Con dos ó tres docenas de soldados;  
Haga la lista Pedro de Miranda  
De los que por vos fueron señalados:  
Veréis qué poblacion dentro se encierra  
Y qué disposicion tiene la tierra.»

Luis de Manjarés que dello gusta,  
Sin sospechar los trances rigurosos,  
Como le pareció demanda justa  
Nombró treinta soldados animosos,  
Los cuales se metieron en la fusta,  
Y acertaron á ser los sospechosos:  
El Alonso Martín les pasó el rio,  
Y luego se volvió con el navio.

Vuelto Alonso Martín, llegó Liaño  
A Sanctos que sospecha no tenia  
De donde le pudiese venir daño,  
Y dijole: «Holguémonos un dia  
De cuantos trabajamos todo el año,  
Y vuestra merced tenga compañía  
A estos caballeros y soldados,  
Que son en mi navio convidados.»

«Bien veo mi convite no ser dino  
De personas de vuestras cualidades,  
Pero no faltará bizcocho y vino  
Guardado para las necesidades;  
También tenemos lonjas de tocino,  
Y demás desto buenas voluntades,  
Cecinas y tasajos de ternero,  
Y si quisierdes mas por buen dinero.»

Rióse Saavedra como angosto  
De sienes, y aceptó mala comida,  
Porque no le sabia mal el mosto  
Con quel dicho Liaño lo convida;  
El cual no lo gustó, pero su costo  
No menos se pagó que con la vida:  
Entró pues el mancebo sin ventura  
En el barco que fué su sepultura.

Tenian como suele comunmente  
Debajo la toldeta mesa puesta;  
En medio le hicieron que se asiente,  
Mas no para hacelle mayor fiesta,  
Pues Juan de Céspedes incontinente  
Asió del arma quel hacia presta;  
Cargaron cuantos son á la batalla  
Del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces  
Le dé las armas sin gastar razones;  
Responde: «No os conozco por jueces,  
Sino solo á Cristóbal de Quiñones;  
Porque vosotros sois unos soeces,  
Villanos y de malas intenciones.»  
Al fin Quiñones le tomó la espada  
La guarnicion torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,  
Acuden todos con sus municiones;  
Mas Alonso Martín tenia prestas,  
Con recelo de las alteraciones,  
En su navio copia de ballestas  
Armadas con saetas y arpones;  
Y así tienen por bien estar á raya  
Sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera  
Viendo las amenazas peligrosas,  
Ponen al pobre Sanctos en collera,  
Las manos apretadas con esposas;  
Hacen informacion de cómo era  
Un hombre de costumbres sediciosas,  
Toman de sus delictos seis testigos  
De aquellos que le son menos amigos.

Hecha la informacion desta manera,  
Mas llena de rencor que de paciencia,  
Quiñones sentenció que luego muera,  
Y el Sanctos apeló de la sentencia;  
Mas como la pasion fué medianera,  
No le bastó razon ni diligencia:  
Finalmente, fué muerte de garrote  
La paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,  
Viendo de sus contrarios el intento,  
Y no tener amigos á la mano  
Que mitigasen este movimiento:  
Murió como católico cristiano  
Y grandes muestras de arrepentimiento,  
Y aunque en morir fué poca la tardanza,  
Dió de su salvacion buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,  
Manifestándose nuevos editos,  
Con voz de pregonero pregonando  
No sé qué desvergüenzas y delitos,  
Para que los subjectos á su mando  
Supiesen que constaban por escritos:  
Dejaronlo sobre la arena blanda,  
Hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido  
De donde fué con treinta compañeros,  
Tomó tanta pasion cuando lo vido,  
Que llamó de bellacos, carniceros,  
Cuantos en lo matar habian sido,  
Alevosos y malos caballeros,  
Y que sin quedar uno ni ninguno  
Lo hará conocer á cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento  
Oyendo las palabras atrevidas,  
Y quisieran ponelles escarmiento  
Si pudieran hacello sin heridas;  
Mas disimulan el atrevimiento,  
Por no perder allí todos las vidas,  
Pues si se comenzaran los maitines  
Sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los mas del estandarte  
Sentian de lo hecho grave pena,  
Y el Manjarés tenia de su parte  
La gente principal y la mas buena:  
Y así, viendo la cosa de mal arte,  
Su disimulacion quedó mas llena,  
Poniendo de por medio su cordura  
A la temeridad y á la sultura.

San Martín y Cristóbal de Quiñones  
Riñen á Manjarés su desatino  
De bajo de amistad, y sus razones  
Bastaron á metello por camino;  
Y así se quietaron corazones  
Dispuestos á terrible torbellino,  
Y pasada la furia deste fuego,  
Nunca tuvieron mas desasosiego.

Antes pues que la noche se viniese,  
Por todos sus amigos se procura  
Que al miserable cuerpo se le diese  
Cubierta de terrena sepultura,  
Y allí fray Pedro Zarco que hiciese  
Lo que debe hacer el docto cura;  
Al cual no le faltaba sentimiento  
Por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa  
Al sepulcro que ya tienen abierto  
Debajo de la ceiba mas umbrosa  
Que pudieron hallar en aquel puerto;  
Y encima del sepulcro ponen losa,  
Por donde su lugar fuese mas cierto,  
Para lo trasladar en algun dia,  
Y allí pusieron letra que decia:

Aquí vió postrero dia  
Un Sanctos de Saavedra:  
Queda debajo esta piedra  
Muerto por quien lo temia.  
No hace su causa blanda  
Ni carece de demencia  
El que toma competencia  
Con la persona que manda.

A las exequias tristes dados fines,  
Otro dia después deste siguiente,  
En orden se pusieron bergantines  
Y embarcan los caballos y la gente,  
Para poder pasar á los confines  
De la ribera que tienen enfrente,  
Que después se llamó de Cartagena,  
Entrel rio de Cauca y Magdalena.

Estando todos ellos en la banda  
De tierra que tenían por mas harta,  
Junta de capitanes que los manda  
Ordena que la gente se reparta:  
Van los de tierra pues en su demanda;  
Vuelven los de la mar á Santa Marta,  
Donde de los rancheos que habian hecho  
Llegaron todos con algun provecho.

Los otros van por entre los dos rios,  
El Grande y el de Cauca, que se llama  
Hoy de San Jorge, cuyos señorios  
Fueron mucho menores que la fama,  
Pues no ven tanta copia de bubios  
Cuanto noticia de indios encarama;  
Mas si pasaran el de Cauca sanos  
El Cenú les hinchiera bien las manos.

Adonde después los de Cartagena  
En tierra de compas inhabitable,  
Hallaron, sin haber natural vena,  
Riqueza de valor inestimable,  
En sepulturas, de que estaba llena,  
Con mortandad á vivos agradable;  
Pues hubo de lo que por cuenta vino  
Setecientos mil pesos de oro fino.

Mas estos, puesto caso que noticia  
Alguna se les dió destas culturas,  
No les fué la fortuna tan propicia  
Que cayesen en estas sepulturas;  
Antes los consumia la malicia  
De malos aires, grandes espesuras,  
En cuyos arcabucos y conveses  
Gastaron mas espacio de ocho meses.

En montes era la mayor sustancia,  
Garrapatas, mosquitos y otras plagas,  
Y destas ocasiones abundancia  
De cruéles y encanceradas llagas,  
Adonde no prestaba vigilancia  
En abrasallas con ardientes dagas:  
Ansimismo do quiera que dormian  
Murciélagos en vida los comian.

Demás de no hallar mantenimiento,  
Faltábales la sal, y es una cosa  
Que no causa pequeño detrimento  
En gente de salud menesterosa,  
Pues de faltas en un descubrimiento  
Es aquesta la mas perniciosa,  
Y así los cuerpos en aquellos puertos  
Se hinchen de gusanos sin ser muertos.

Saliales á todos mucho grano  
Con las alteraciones de un devieso,  
Y dentro molestisimo gusano,  
Aspero, peludillo y algo grueso:  
Da voces y gemidos el mas sano,  
Por ser aquel dolor en gran esceso,  
Hasta que ya cayeron en la cura,  
Que fué facil y no de mucha dura.

Pues de diaquilon un parche hecho  
Sobre la hinchazon y carne flaca,  
Hace la fuerza del tanto provecho,  
Que la mitiga y el gusano saca:  
El duro torondón queda deshecho,  
La pena quita y el dolor aplaca;  
Y alguno me vendió por manifiesto  
Que falta de la sal causaba esto.

Y aun aqueste mortal inconveniente,  
De que los racionales se quejaban,  
La bestia caballar también lo siente,  
Pues los caballos todos se pelaban;  
Comen y roen con rabioso diente  
Cueros, ropas y cosas que topaban,  
Hasta lamer con esta golosina  
La tierra do derraman el orina.

Como se viesen pues menoscabados  
Muchos caballos y españoles muertos,  
En un parecer son determinados,  
Y fué volver á los marinos puertos:  
Flacos, perdidos, mal aderezados,  
Pusieron en efecto los conciertos:  
Balsas por ellos hechas dan avio  
Para pasar el caudaloso rio.

Pasaron sin que hallen resistencia,  
Y á Santa Marta por aquel instante  
Enviaron de la real audiencia  
Un oidor, que fué el doctor Infante,  
Para tomar al Lerma residencia;  
El cual halló la tierra de menguante  
Y al gobernador García de Lerma  
En cama, su persona mal enferma.

Aquesta residencia proveida  
Se hizo pregonar luego que vino,  
Mas apresuró Lerma su partida  
Para la dar ante el juez divino,  
Huyendo los trabajos desta vida  
Por pasos de católico camino:  
Quedando por su fin desconsolados  
Todos estos vecinos y soldados.

Por ser en sus costumbres tan modesto,  
Que no supo, con ser un hombre claro,  
Decir mala crianza ni denuesto,  
Ni quiso de sus bienes ser avaro;  
Fácil en perdonar, y demás desto  
Los pobres lo tenían por amparo:  
Allí tuvo de oro buena suerte,  
Pero sin él al tiempo de su muerte.

Ordenan pues aquel enterramiento  
Los hombres nobles y el doctor Infante,  
El cual fué con mas tierno sentimiento  
Que con vistosa pompa ni pujante;  
Y encima del humilde monumento  
Puso dos versos un estudiante,  
Cuyas palabras breves y funestas,  
Segun algunos dicen, fueron estas:

*Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma  
At tua non somno fama sepulta manet.*

En esta terrestre cama  
Duermes, García de Lerma;  
Mas no conviene que duerma  
En ella tu buena fama.

Quando venian pues los del entrada  
Buscando de comer por el camino,  
Los visitó con paz enmascarada  
Alonso, principal indio ladino,  
Persona por allí bien señalada,  
Que de Tamalameque fué vecino;  
Y este les dijo si querian grano  
Fuesen á Sopatin, pueblo cercano.

Y aunque tenían poco de presente,  
Suplirian los indios su penuria,  
En tanto que pasaba la creciente,  
Por entrar el invierno con gran furia:  
Entró pues en acuerdo nuestra gente  
Sin sospecha de padecer injuria,  
Y acordaron por no ser tan molestos  
De que se repartiesen en dos puestos.

En cumplimiento pues de lo que hablo  
Se reparten los pobres peregrinos:  
El Céspedes al valle del Diabolo,  
Donde los huracanes son continos,  
Poniéndole los nuestros tal vocablo  
A causa de los muchos torbellinos;  
Y también dicen que Diego de Almonte  
Luchó con él en este mismo monte.

Pues en una labranza de aquel suelo  
Recogiendo virtud para la panza,  
Se vino contra él un indezuelo  
Diciendo: «No me cojas mi labranza».  
Sobre lo cual los dos andan al pelo  
Un rato, que no fué poca tardanza;  
Y el Almonte, con ser hombre bastante,  
Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha  
A los principios bien pensó amarrallo;  
Pero fuéle tormento de garrucha,  
Y por bueno tuviera ya dejallo,  
Porque durante la terrible lucha  
Vido cómo tenía piés de gallo.  
Dijo: «¡Jesus! ¡Jesus!» y en el momento  
El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada  
A las débiles voces y al gemido:  
Hallaronle la cara rasguñada,  
Ajeno de sus fuerzas y molido;  
Y siendo la razon investigada,  
Dijo lo que le había sucedido;  
Y tiene hijos hoy aqueste hombre  
En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene  
Céspedes do después sucedió esto,  
Y porque tal renombre no conviene,  
Val de San Bartolomé le fué puesto,  
El cual renombre de presente tiene,  
Y el otro se quitó por ser molesto;  
Pero, pues acabamos el digreso,  
Justo será volver á mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante  
En Sopatín entró, pueblo cercado  
De ciénagas que tiene por delante,  
Bien proveídas todas de pescado:  
Mostraronle los indios buen semblante,  
Mas él siempre vivía recatado,  
Tanto, que por los ver apercebidos  
De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,  
Cercados de agua, faltos de comida,  
Envían á buscar mantenimiento  
Cuatro mancebos en edad florida,  
Que por el agua van, con detrimento  
Y no con poco riesgo de la vida,  
A cierta poblacion que está frontera,  
Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,  
Y un Ocampo llevaba piés bestiales;  
Mas antes de tomar pueblo frontero  
Los cercan con sus barcas naturales,  
Embistiendo con Pedro Cocinero,  
Uno de los soldados principales;  
Y el impetu fué tal y tan violento,  
Quel misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura  
Apercebirse para su defensa:  
El ánimo sobró, faltó ventura  
Para que les suceda como piensa,  
Porque su vida fué de poca dura,  
Por ser los indios cantidad inmensa;  
Y así fueron los miseros vencidos,  
Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,  
Maldicen sus trabajos y fortuna,  
A causa de que no les fué posible  
Podellos socorrer en la laguna,  
Y el riesgo do se vian ser terrible,  
Sin hallar de canoas sino una  
Capaz de dos personas solamente,  
Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese  
Con dos valientes mozos nadadores,  
Para que Juan de Céspedes viniese  
A los librar de pérfidos traidores;  
La cual determinaron que saliese  
Cuando faltasen claros resplandores:  
Fué pues en ella Francisco Salguero  
Con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,  
En el plan las espadas sin rodela  
Caminan, y desnudos de vestidos,  
Con el obscuro nubló que los cela;  
Pero con todo esto son sentidos  
De barbaros que hacen centinela:  
Tocaron cuernos, dan grandes clamores,  
Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos  
Oyeron el ruido y estampida,  
Al Salguero contaban con los muertos,  
Y al buen Pedro Martín no daban vida:  
Salieron mil canoas de los puertos  
Contra los que se ponen en huida,  
Los cuales viendo ya tales extremos  
Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa  
A nado van los dos via derecha,  
Huyendo del clamor que los espanta  
Y hace su carrera mas estrecha:  
Al Salguero hirieron en la planta,  
De la cual luego se sacó la flecha;  
Al fin cada cual dellos persevera  
Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia  
Y riesgos y trabajos no crederos,  
Encaminan sus pasos al estancia  
Donde estaban los otros compañeros,  
Que sería seis leguas de distancia,  
Atravesando ciénagas y esteros:  
Llegaron pues á do se representa  
Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,  
La cual no fué de flecha venenosa;  
Y la necesidad reconocida  
Do la tardanza fuera peligrosa,  
El Céspedes abreva su partida,  
Que punto de la noche no reposa,  
Sino que por camino mal seguro  
Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento  
De aquel que su victoria regocija,  
Entró con belicoso rompimiento,  
Sirviéndole la noche de cubija:  
El cacique huyó de su aposento,  
Pero prendieron la mujer y hija,  
Y estas mujeres dos fueron capaces  
Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día  
Para las rescatar con algun trueque,  
Diciendo que si mal se les hacía,  
Era por indios de Tamalameque,  
De los cuales Alonso fué la guía,  
A quien reconocían por su jeque;  
Y que creyesen y estuviesen ciertos  
Quel no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,  
Y conoció por ella buen efeto:  
Dió las gracias á Dios por verse fuera  
Del riesgo no dudoso ni secreto,  
Porque si Céspedes no socorriera,  
Dudaban escaparse del aprieto:  
Al fin durmieron juntos, y otro día  
Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,  
Y diéronles también comida harta,  
De que hicieron buen matalotaje,  
Mandando que por orden se reparta:  
Prosiguieron después aquel viaje  
Que se llevaba para Santa Marta;  
Y eso me da en rodeos que en atajos  
Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,  
Al tiempo que llegaron al Dorsino  
Supieron de la muerte acelerada  
De Lerma y residencia que le vino,  
Fué nueva para ellos tan pesada,  
Que cierto se volvieron del camino,  
A no saber allí toda la sierra  
Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióle obra de villanos,  
Sin uso de razon y gente dura,  
No ir á socorrer á sus hermanos  
En esta peligrosa coyuntura;  
Pues si vinieran indios comarcanos  
Abrieran para todos sepultura:  
Llegaron pues setenta de los ciento  
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,  
Y el golpe de la bolsa fué ligero,  
Por llegar menos llena que vacía;  
Pero toda la pena fué dinero,  
Porque el doctor Infante mas lo habia  
Por las botas que por el escudero;  
Y así por vellos flacos de costilla  
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera  
Con gente y armas bien apercebido  
Al diestro capitán Juan de Ribera,  
Que nunca revolvió ni mas lo vido,  
Por ser de Fedriman en su bandera  
Con sus soldados todos detenido,  
Segun mas largo tengo declarado  
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia  
A tierra de caribes dirigido  
Un cierto capitán dicho Mejía,  
Su deudo, que con él era venido;  
El cual dentro del tiempo que queria  
Volvió de muchos indios proveido,  
Y así como si fuesen de Etiopia  
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,  
Por faltar militares aderezos,  
Mas puso para ello de su mano  
Por justicia mayor un Anton Bezos,  
Que reconcilió lo mas cercano  
Y deshizo no pocos estrompiezos;  
El cual, aunque tenía feo nombre,  
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,  
Con subyeccion del ordinario yugo,  
Hasta tanto que por aquella era  
Al gran emperador don Carlos plugo  
Dar por gobernador desta frontera  
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,  
Del cual quiero tractar; mas determino  
Descansar al principio del camino.

## ELEGIA IV.

*A la muerte de don Pedro Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.*

## CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,  
Desembarcarse gente chapetona  
En las regiones indicas do moro,  
Con gran autoridad en su persona,  
Y cómo piensa luego cargar oro  
En virtud de lo mucho que blasona,  
Y otros que truecan para volver ricos  
En cueras y jubones los pellicos.

Y así muchos ocupan los navios,  
Para mas adornar el mortal vaso,  
De calzas, gorras, plumas y atavios  
De terciopelo, tafetan ó raso,  
Que para las entradas son baldios,  
Y de quien bosques hacen poco caso,  
Porque para romper el espesura  
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende  
Los negocios de Indias, y en España  
Como si fuese pura verdad vende  
Lo que sabemos ser acá patraña;  
Y no sé con qué excusa se defiende  
Aquel que tantos miseros engaña,  
Haciéndoles creer que donde vino  
Dejó montes cubiertos de oro fino.

Y así por mejorar su pasadía  
Vienen mil hombres á peor estado;  
E yo sospecho que por esta vía  
Fué don Pedro Fernandez engañado,  
Persuadido, según que se decia,  
Por Francisco Lorenzo del condado,  
Que de los de Bastidas fué primero,  
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada  
Con Céspedes, varon de cuyos hechos  
En este nuevo reino de Granada  
No pueden sus enojos ser estrechos:  
Dejó generacion multiplicada,  
Que por herencia tiene sus provechos,  
Gauados con valor de su persona  
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento  
Y fama de la hermana de Maria,  
El don Pedro Fernandez, cuyo intento  
Fué siempre de cristiana hidalgua,  
Demandóla por adelantamiento,  
Demas del de Canaria que él tenia:  
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,  
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,  
Como coadyutores del armada,  
Luis Bernal y Gomez de Corrales  
O del Corral, persona señalada,  
Y Albaracin con otros principales,  
Que fueron de la gente mas granada,  
Deste reino también descubridores,  
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos  
Con otros treinta y cinco de la era,  
Con mas de mil soldados escogidos  
Procuró de pasar esta carrera,  
Con tantas variedades de vestidos  
Como flores produce primavera:  
Capitanes, alféreces, sarjentos  
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,  
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,  
Y de lo ver con cargo semejante  
A ninguno del campo le desplugo;  
Pero, como diremos adelante,  
Para su padre cuasi fué verdugo  
En lo dejar sin oro ni vajilla,  
Huyendo del la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Varon en varias letras señalado,  
El cual por su valor en el espada  
Pudo llegar á ser adelantado  
En este nuevo reino de Granada;  
Y se decir quel adelantamiento  
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina  
Por maese de campo se pregona:  
Don Diego Sandoval en él resina  
El cargo con que vino su persona;  
Fué capitán por ser persona dina  
Ansimismo don Diego de Cardona;  
También lo fué Diego Lopez Haro  
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia  
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,  
Cada uno con su capitania  
Y en ellas valerosos caballeros,  
Que tela de oro y plata los cubria,  
Donde gastaron suma de dineros:  
Vinieron otros muchos eminentes  
De los cuales hoy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,  
Pero Niño y Bartolomé Camacho,  
De cuyo valor mucho que se diga  
Se dirá con verdad y sin empacho,  
Pues cualquier dellos en mortal fatiga  
Varon insigne fué con ser muchacho:  
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,  
Terror grande de musos y de panchez.